

CONFERENCIA

## MUERTE ¿Y RESURRECCIÓN? DE LA CENTROIZQUIERDA\*

Jorge Correa Sutil

Abogado

RESUMEN: Aunque con más acento en la autopsia que en la posible resurrección, esta conferencia analiza el fin de la Concertación de Partidos por la Democracia y sus posibles causas. Respecto del futuro de la centroizquierda, se la juega en que éste estará mejor en una política que crea más en los resultados que en las consignas, el testimonio o en una supuesta superioridad moral de sus actores.

PALABRAS CLAVE: centroizquierda, Concertación, Nueva Mayoría, Michelle Bachelet, vergüenza política, Frente Amplio.

### THE DEATH (AND RESURRECTION?) OF THE CENTRE-LEFT

ABSTRACT: *While emphasizing the autopsy more than the possible resurrection, this lecture analyses the end of the Coalition of Parties for Democracy (Concertación) and its possible causes. Regarding the future of the centre-left, it contends that this will be better off with a politics that believes more in results than slogans, witness or the supposed moral superiority of its practitioners.*

KEYWORDS: *centre-left, Concertación, Nueva Mayoría, Michelle Bachelet, political shame, Frente Amplio.*

---

JORGE CORREA SUTIL. Abogado. Subsecretario del Interior (2001-2006). Ministro del Tribunal Constitucional (2006-2009). Columnista político y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales. Email: jcorrea@blycia.cl.

\* Versión revisada de la conferencia presentada en el Centro de Estudios Públicos el miércoles 27 de junio de 2018, con ocasión de la primera parte del seminario “La centroizquierda en Chile. ¿Cómo se llegó a esto? ¿Cómo se sale?”.

**A**gradezco al Centro de Estudios Públicos el que nos convoque a tratar de hacer una autopsia de la Concertación y a pronunciarnos si creemos en su resurrección. La convocatoria es laudatoria de lo que hizo este conglomerado y parece trasuntar, si no una nostalgia, un deseo de que pueda volver a ser fuerte esa centroizquierda que llama moderada y gradualista, que cree en la autonomía individual y en una economía de mercado regulado.

Voy a hablar más de la autopsia que de la resurrección. No es que no la desee. Sólo que tengo menos claro esto último que lo primero; aunque debo confesar que tampoco tengo un diagnóstico acerca de qué murió la Concertación, de la que me sentí orgullosamente parte. No soy historiador, ni cientista político, ni médico tanatólogo. Apenas un abogado con interés público.

#### AUTOPSIA

He aquí entonces lo que prefiero llamar mis intuiciones. Me parece que la Concertación murió de suicidio. Se autoeliminó y, como casi todos los suicidios, éste fue precedido de una depresión. Yo diría que no se trató de una depresión endógena, sino reactiva. Como supongo ocurre en toda depresión, su principal síntoma fue la pérdida de aplomo, una cierta vergüenza de ser la que se era; la sensación de sentirse despreciada, la pérdida de estima y de autoestima, lo que en política suele ser una enfermedad de muy mal pronóstico.

Como supongo que ocurre en las depresiones, no soy tampoco siquiátra, el sujeto que se siente menospreciado entra en confusión y no sabe cómo seguir actuando. Más que mirar sus errores, se siente injustamente tratado. El dolor lo lleva a la autorreferencia, a auto victimizarse, lo que lo hace cada vez menos atractivo. El círculo vicioso se hace insoportable.

¿Cuándo comenzó el mal? Las causas son remotas; el brote, más reciente. Veamos el brote. Yo diría que ocurrió incluso después de la derrota política de 2010. Ciertamente esa derrota fue difícil de encajar. Había un repudio social que se filtraba por todos lados, que lograba capitalizar un llanero solitario, rama del mismo tronco. Marco Enríquez-Ominami era el joven arrogante que mostraba hasta qué punto el objeto

amado —la estima ciudadana— se había perdido; no tanto a favor de la derecha, lo que reflejaba que, más que una búsqueda de alternancia, lo que se padecía era una pérdida de confianza ciudadana, la misma que nutre la seguridad de cualquier conglomerado político. Entonces una parte de la Concertación dejó de querer seguir siéndolo. Yo tengo en mi cabeza dos hitos que recuerdo como las manifestaciones más claras de una enfermedad terminal.

El primer episodio ocurrió en el invierno de 2011 y fue el rechazo de la Cámara de Diputados, donde teníamos mayoría, a recibir a los pingüinos movilizados. Lo sentí como una movida estratégica razonable —el Presidente Piñera y su gobierno debían hacerse cargo y pagar los costos de tratar con los manifestantes—, aunque también como una señal de automarginarse de un problema del que la derecha también era responsable, pero que se arrastraba de antiguo; era una protesta en contra de cómo se habían hecho las cosas en los gobiernos de la Concertación o, más precisamente, de cómo no se habían hecho para cambiar políticas heredadas de la dictadura. Entonces era también una renuncia a participar de la solución política del problema; una manifestación de la irrelevancia y de la entrega de la iniciativa política a los movimientos sociales a los que se resignaba a conducir.

El segundo episodio que percibí como una manifestación de la grave depresión que se enseñoreó en la Concertación fue la renuncia del presidente del Senado, Guido Girardi, a desocupar el edificio del Congreso luego de una toma violenta de grupos estudiantiles y medioambientalistas, declarando que ésa era la casa de la ciudadanía. No es que yo sea particularmente partidario del uso de la fuerza pública, pero mi percepción es que en buena parte de la Concertación reinaba una cierta vergüenza propia, una vergüenza de la democracia representativa y una cierta admiración por los *movimientos sociales*, a los que, desde entonces —es mi percepción—, buena parte de los líderes de la Concertación atribuyeron cierta superioridad moral. De ahí a la idea de que había que cambiar el discurso y hacerse cargo del descontento había un paso; un paso sano ciertamente, pero, en mi opinión, un paso que se dio entregándose, renunciando a tener autoridad política. No hablo de autoritarismo: hablo de pérdida de aplomo político, de autoestima, de sentirse capaz de liderar, en diálogo respetuoso con las demandas sociales pero sin vergüenza, sin doblegarse.

¿De dónde venía la pérdida de la autoestima? Ciertamente de más lejos. Venía de partidos que, desde el triunfo del No, habían dejado de entretenerse con lo que se da en llamar las fuerzas sociales. Ante la desmovilización de una generación de jóvenes que *no estuvo ni ahí*, desde la segunda mitad de los noventa y por más de una década, los partidos habían ya dejado de tener presencia en el movimiento estudiantil universitario o secundario, entregado al liderazgo o vocería del Partido Comunista o de nuevas fuerzas que despreciaban a la Concertación. Se dibujó así un mundo sindical abandonado, el Partido Comunista reinando en la CUT y las bases fuertemente desmovilizadas.

Entonces la ciudadanía comenzó a hablar de la *clase política*, una nueva *canalla dorada*, encerrada en sí misma, autorreferente, privilegiada. Ciertamente los políticos seguían en contacto con la población, seguían haciendo ferias y puerta a puerta en sus campañas, pero con la decreciente participación electoral, no se necesitaba interactuar con los jóvenes y las relaciones con el electorado se hacían cada vez más clientelares, intermediadas por dirigentes poblacionales capaces de movilizar votantes el día de la elección o de presentar a los candidatos en las ferias y sedes sociales. En esas condiciones, el que tenía mantuvo. La renovación se hizo cada vez más difícil.

Los partidos de la Concertación se habían “ensalonado”. Una relación vital se estableció con los donantes de dinero, capaces de hacer la diferencia, pues había una estrecha relación directa entre gasto y éxito electoral. Cuando años después explotaron los escándalos de vínculos entre dinero y política, una realidad que no creo haya sorprendido a nadie, la centroizquierda y la izquierda terminó de hundirse en la vergüenza. Lo que la opinión pública podía entender en parlamentarios de derecha no resultaba tolerable en quienes habían prometido poner en vereda los abusos empresariales y emparejar la cancha de las oportunidades. La gente entendió o creyó entender que La Polar, las farmacias, los pollos y otros ocurrían porque los políticos les debían favores a todos ellos, lo que había relajado los controles políticos sobre el mercado.

El lucro en la educación y en el mercado de las pensiones y la salud *pagó el pato*. Lo pagó, creo yo, por falta de regulación que devino en abusos. Entonces, lo que debió enfrentarse como regulación en los años noventa se transformó en causa de ignominia y agenda para cambiar el modelo a lo largo de todo este decenio.

El otro mal que se venía incubando —otra causa remota— y que nos hizo perder toda seguridad en nosotros mismos fue la falta de claridad en lo que exactamente queríamos hacer con el capitalismo. Sentimos vergüenza en decir que éramos partidarios del mercado. Nunca en verdad nos animamos a defender con tesis claras lo que en la práctica sí estábamos abrazando. Daniel Mansuy relata esto muy bien en su libro *Nos fuimos quedando en silencio*. La posibilidad de hacerlo se redujo a cero cuando estallaron los abusos. Había que ser políticamente suicida para defender el mercado. Eso implicaba defender el lucro. La lucha cultural a favor del capitalismo fue entregada a la derecha y naturalmente la clase media, que cree en él y en el fruto de su propio esfuerzo, terminó votando por la derecha, pues la vieja centroizquierda ya no sabía ni qué modelo de desarrollo quería para Chile.

La derrota fue cultural antes que política. No se puede tener éxito en política si se siente vergüenza, menos si no te atreves a mostrar tu ideario. Así maduró la depresión: de la percepción de desprecio de los movimientos sociales hacia toda la clase política, de vergüenza por la relación entre dinero y política y de la falta de franqueza acerca del modelo económico. Hubo un momento en que sentimos superioridad moral frente a una derecha que había sido cómplice pasiva de las violaciones a los derechos humanos. Ahora cundía la vergüenza. La superioridad moral era atribuida a los movimientos sociales y sus redes.

La Nueva Mayoría no hizo sino sepultar lo que andaba agónico, despistado, medio mareado y mal querido. El gobierno de Bachelet despreció a la Concertación y también a los partidos. Fue el paso que faltaba para la derrota final, la de ahora, la desintegración. En la Nueva Mayoría ganaron quienes atribuían superioridad moral a los movimientos sociales. El Frente Amplio es hijo de la Concertación; pero no sólo por una cuestión generacional. La Nueva Mayoría adoró incondicionalmente a los jóvenes que, entonces, tuvieron el camino pavimentado para reemplazarla. La Nueva Mayoría no se transformó en líder de esos grupos, sino que en su caja de resonancia, pero esos grupos ya despreciaban a la clase política y buscaron primero en Marco Enríquez-Ominami y luego en el Frente Amplio su representación política. El cambio de postura de Bachelet sobre la gratuidad en la educación es tal vez el símbolo más claro del gesto político inútil.

Ésa es entonces mi intuición: la Concertación se suicidó a raíz de una depresión motivada por falta de cariño público, que devino en una pérdida ostensible de autoestima; dejó de creer en sí misma, de defender su obra. Enfermedad ésta de la vergüenza que es letal en política.

### ¿RESURRECCIÓN?

¿Resucitará la centroizquierda? ¿Bajo qué banderas? No me atrevo a una respuesta. Sólo me animaré a decir tres cosas. La primera es la pelea esencial que yo me siento llamado a librar y que aún no siento perdida. La segunda es el tipo de cuestiones que los partidos tendrían que resolver primero. Y la tercera es una palabra acerca de quiénes pueden resucitarla.

#### La pelea que a mí me motiva

Yo me siento motivado a dar una pelea que consiste en no reconocerle superioridad moral a nadie. Estoy por predicar, hasta que se me acabe la voz, que todos tenemos las almas grises y que los que andan de buenos por la vida política, creyéndose superiores, son los más sospechosos. La lucha contra el populismo parte por enfrentar con dignidad de iguales a quienes piensan que pueden darnos lecciones de moral; a aquellos que entienden la acción política como testimonio de abrazar causas justas y no en producir soluciones; a los que prefieren la descalificación a la deliberación política vigorosa.

Creo vital —y posible— para sostener una democracia sana pelear porque el rasero de una buena política sean los buenos resultados, la obra eficaz y no el discurso efectista. Mi causa, no sé si por ahí saldrá de sus cenizas el ave Fénix, no es la defensa del capitalismo, pues no lo siento en riesgo. Lo que me parece más peligroso del endiosamiento de los movimientos sociales que terminó de matar de vergüenza a la centroizquierda es el no ver el desprecio de estos últimos por las complejidades de la realidad, el desdén hacia las estrategias bien planeadas y las políticas mejor diseñadas. Es la crisis de la democracia deliberativa, inevitablemente representativa, lo que más me asusta. Haber roto el binominal y tener al Frente Amplio en el Congreso, tanto más que en las calles, me parece muy tranquilizador, pero no suficiente. El Parlamento puede dejar de parlamentar muy fácilmente.

Entiendo que la tarea de complejizar, ese deber de educación cívica, no resulta particularmente atractiva para los tiempos que corren. Es una lucha contra la consigna y a favor de los programas, y éstos, lo reconozco, son más tediosos que aquélla. Habrá que dar con el lenguaje. Murió el del discurso. Ya no hay mucho tiempo para el ensayo. Un programa no cabe en un tuit y es poco atractivo de defender en una asamblea.

### **Ciertas definiciones partidarias como prerrequisito de una alianza**

Tengo para mí que, antes de pensar en una alianza, los partidos deberán tomar partido, valga la redundancia, en algunas definiciones centrales que aún persisten en el eje derecha-izquierda. Dejo fuera la adhesión a la democracia formal, la que, sin embargo, estimo un prerrequisito de cualquier alianza, y dejo fuera también ciertas definiciones de agenda valórica, por estimar que, al menos en el corto plazo, ellas no definirán los grandes conglomerados políticos, los que tolerarán conservadores y liberales en sus filas sin quebrarse.

Pienso que es muy difícil pensar seriamente en una alianza mientras cada partido no haya tomado ciertas definiciones en a lo menos los siguientes tópicos:

i) La explicitación, nunca hecha, por vergüenza, de definirse partidarios del capitalismo y de la economía de mercado, con todos los énfasis en la regulación estatal que se quiera. De no abrazar explícitamente este modelo será imposible competir con la derecha en la adhesión de las capas medias, a menos que se tenga una estrategia alternativa para crecer y contar con recursos para avanzar en el goce de los derechos económicosociales, alternativa que no parece disponible, a menos que se caiga en el delirio de abrazar el modelo chino para estas lejanas tierras.

ii) Ofrecer una política en educación, salud y pensiones. Nos une el objetivo de proveer estos bienes con suficiente calidad para los sectores pobres, con mayor solidaridad e igualdad; pero ello no es suficiente, pues nos falta convenir de manera precisa si habrá una provisión mixta de estos bienes o sólo estatal, y cuál será el aporte privado. No mejorará la calidad de estos tres servicios, ni se verificará un acuerdo sobre la base de consignas contrarias al neoliberalismo o de adhesión a los

derechos sociales, a menos que se aterrice en alternativas concretas al actual modelo; las que no generarán adhesión pública mientras no auguren mejor educación, mejor salud y mejores pensiones para los más pobres y las capas medias. La indignación con lo que hay puede generar un rato de empatía, pero no alcanzará para un mandato popular, pues no parece que la población ande buscando gobernantes indignados, sino realizadores. Porque no fuimos capaces de ofrecer esto es que perdimos el gobierno.

iii) Plantear políticas en seguridad ciudadana y migraciones.

Lo más probable es que no sea aún la hora de las coaliciones. Sin embargo, ya no hay excusa para que los partidos de oposición avancen desde las vagas consignas a las definiciones específicas en estas materias. Auguro que, si lo hacen, crujirán las maderas en varios de los partidos que componen la centroizquierda. Con todo, parece mejor enfrentar esa crisis que mantenerse en una diáspora que agoniza.

### ¿Quiénes podrán resucitar a la centroizquierda?

Me cabe la impresión de que los viejos tercios de la Concertación no tienen la fuerza, la presencia de ánimo ni el prestigio social suficiente para volver a situar esa centroizquierda gradualista, convencida de la ética de la responsabilidad, como una fuerza mayoritaria capaz de liderar una alianza de gobierno. Esto requiere de generaciones de recambio. Insulza y Montes estarán allí. Harboe, Lagos Weber y Carolina Goic con ellos, por mencionar sólo a los senadores. El problema es que ellos están diseminados en diversos partidos, en los que no alcanzan hegemonía clara. No los imagino renunciando a ellos para formar una nueva tienda, a pesar de que probablemente tienen más cercanía entre ellos que con buena parte de los que conforman las tiendas en que militan. Además, son sobrevivientes; coroneles necesitados de tropas, de jóvenes dispuestos a reflexionar, pero también —y sobre todo— a presentarse en las contiendas electorales. No los veo, no los reconozco aún en el paisaje. Nuestros últimos líderes estudiantiles ya bordean los 50. No descarto la posibilidad de que facciones del Frente Amplio terminen constituyendo esa tropa y abrazando esta causa. Los demás tienen que estar en alguna parte, tras bambalinas. Habrá que confiar que les entre el bicho de la política. Quien sea capaz de pasto-

rearlos y de entusiasmarlos merece toda mi admiración y mi respeto. No creo que sea alguien de mi generación. Me temo, o si quieren, me complazco en pensar que los líderes están por surgir de lugares que no vislumbramos. *EP*